POESÍA

PREMIO DAVID 2006

CÁNTICO DE LAS ISLAS PENÚLTIMAS

Michel Trujillo González

CÁNTICO DE LAS ISLAS PENÚLTIMAS



Michel Trujillo González

CÁNTICO DE LAS ISLAS PENÚLTIMAS



PREMIO DAVID 2005

POESÍA

CÁNTICO DE LAS ISLAS PENÚLTIMAS

MICHEL TRUJILLO GONZÁLEZ

Ediciones UNIÓN

JURADO

Roberto Manzano

Alex Pausides

Caridad Atencio

Edición: Misael Verdazco
Diseño: Gipsy Duque-Estrada
Ilustración de cubierta: Jorge Luis Marrero
Diagramación: Onelia Silva Martínez

ISBN: 959-209-718-6



Ediciones UNIÓN
Unión de Escritores y Artistas de Cuba
Calle 17 no. 354 e/ G y H, El Vedado, Ciudad de La Habana
E-mail: editora@uneac.co.cu

A Mamá,

A mi hermana, en otra isla,
a mi sobrino Christian,
término y borde de mis Eddas.

Fijada en mapa alguno la tríada de islas que el abate Brandano hallara en el siglo sexto (para paz suya) pasadas veintiocho navegaciones, al occidente de los peñones de los guanches, juntadas pues en una sola tierra fértil e indivisa, reaparecida es ahora (por el Azar o la Gracia) y fondeada por el buque Perimedes bajo el mando del capitán Pablo Tomás Buenaventura. Semejan las islas un triangular y roto archipiélago de casi rectas playas que se dan prolijamente al mar, e irregulares costas que se observan unas a otras en el estrecho. Divinale, cuentan los habitantes, hubo de recibir la isla por nombre en su bautismo antes de la venida de las aguas. Tres se cuentan ahora: Lacústrida, atolón de marinos; Térrales, la mayor, escenario de todas las labranzas; Vitalia, la más pequeña, resguardo de místicos pensadores. Aún partidas las islas

guárdanse dentro los mismos hombres que, igual partidos en credos y oficios, compleméntanse en el vértice de su género. Sus naturales profesan consciente e inconscientemente el amor al dios único y trino y crucificado que Brandano predicara (secretamente algunos, según la isla) amén de los otros humanos amores. Han mantenido vínculos con las civilizaciones, pero se entregan al celoso velar de su condición y a la alabanza correspondida a pretéritas sabidurías, así como a la siempre vasta literatura. Invitados a viajar a tierra firme, ninguno atrevió a abordar el Perimedes. Las breves relaciones que los isleños cultivan en elegíaca y desasosegada poética junta Buenaventura en este exiguo folio compilado y ordenado en nombres que atestiguan la antigua naturaleza (y la postrera) del hombre-isla; antologadas, más por el juicio inexperto y marinero del recopilador a quien siempre parecióle haber viajado en redondo hacia el punto de donde partiera (sospecha que los textos le hicieron más punzante), menos por la fe de una necesitada y crónica rigurosidad.

*(Imprudentemente valeroso, suma Buenaventura cierta égloga suya inspirada por un manifiesto poético común existente en las islas y que al final aquí consigna sucediendo a tal.)

That even the weariest river
Winds somewhere safe to sea.

The Garden of Proserpine, **A.C. Swinburne**

Esta casa estuvo primero
varada en una playa. Luego,
puso proa a azules más hondos.
Cantaba la tripulación.
Nada podían contra ella
las horas y los vendavales.
Pero ahora se disuelve, como
un terrón de azúcar en agua.

Epílogo (La casa), **José Hierro**

Y detrás de los mitos y las máscaras,
el alma, que está sola.

Susana Bombal, **Jorge Luis Borges**

LACÚSTRIDA

¿Queréis una prueba de la eternidad?
Yo dejé la tierra
Y me fui a la mar.

No sean más nuestros pasos que horas peregrinar hacia el principio, de algún modo todo igual a volver, estar entero tiempo regresando. Sea el Cáliz, andar; sea el Dorado, Ítaca. Áspero y triste funja: que se quiebren los huesos, que se doblen las piernas por llegar, que la masa y el alma tengan edades diferentes, que todo eso envejezca salvo deseos por Ítaca. Y al desandar ya solo nos haya sido dado gastarnos unos pies sobre la tierra mientras el horizonte es aquel… repetido.

Aquestos clamores que de viento y en viento antiguo soliloquio de isla conjuran, aún sin conocerse, tras muchos sucedidos crepúsculos, en el islario de la misma soledad absoluta, entonan el canto de un común afán como acoplando todos en una única garganta la tonada del desasosiego: cantan las glorias de las penas del hombre. Cántico de una vetusta fe que cada uno desde su peñón escucha ignorando si el viento les trae solo la lastimera música que al oído del adentro susurra el ansia con los sutiles dejos de la tristeza. Nadie sabe que ese canto es el Canto común de la espera y de los días. Nada oímos mientras cantamos, las notas de nuestro íntimo clamor apagan las voces que de otras orillas claman en una fe sinónima. Y negamos que exista el eco fantasmal e impreciso del himno que a lo lejos repite con exacta entonación la gemela esperanza, y esperamos en una playa solitaria un son distinto e imposible para izar al viento nuestro velamen amarillo.

Bienaventurados los amotinados que, en endebles naves, con la sola ayuda del remo y la fe, abjuraron de la benedicta y orgullosa flota que circunnavegó la Tierra y echaron solos a la mar, y aún buscan en el océano redondísimo la tierra prometida.

Cuando dicen: “os amo hasta el final de las témporas”, aquellos, los amantes, que con los verdores y los chubascos vienen, como peces recién sacados del agua que en ardores de ansias se consumen el cuerpo, y buscan el aire que va huyendo con todas las agallas y las bocas posibles e imposibles, boqueando desesperadamente los ruidos de sus propios silencios, parece que se anticipan a ese momento en que sus carnes serán saladas, y las cabezas separadas de sus cuerpos, y ya no habrá más espasmos sino unos pocos estertores de pez muerto que serán alegoría de un oficio muy antiguo. Cuando se juran ellos, los amantes, tienen acaso en cuenta - ¿quién lo sabe? - el último minuto en el río, que puede durar nada, o no llegar nunca, y se juntan un algo bajo el influjo del temor de la leyenda de la fatuidad del tiempo. Aguardando la muerte se desgarran, hacen cumplir la danza: la danza circular que en la espiral del paso termina siempre la obra de la distancia. Los que se aman sólo en el verdor en él se encuentran y en la savia lenta de los anillos de la longevidad se separan. Tal vez horrorizados por el vino amargo que ha traer la memoria al pétreo hecho de las manos que el tiempo, andante y andado, nos vacía. Muriendo la muerte del salmón, creyendo del amor la lozanía a secas. Prometiéndose el engaño pactado del fin del universo que no crearon y que paciente, amargo, les observa.

Soy una isla que contiene una isla que desanda una isla que se estrecha…
Infinitamente.

Esperar el favor, dádiva cauta, que concluya el regreso del regreso: ese es tu sino acaso. Tomis, la ruda muerte. Aquí con estos, donde dejes de ser, en una mano buscas lo encargado al destierro por una oreja a la que cantas y que no escucha, como no sabe ahora la tormenta, cuerpo vago y futuro en tus esquelas, quién solo le ve así de entre los hombres. La nobleza tasada, con envoltorio y precio, ya se ha fijado antes; poetas y tribunos, bárbaras huestes, compraron su nobleza, pues ahora es dispuesto que sean, descendientes de perros, ciudadanos, vil carroña, cuando antes –bien los muertos lo saben- peligroso era decir ante el senado que eras de cierta noble casta sin enseñar tal prueba. Cualquiera se pregona y es festivo ese modo de Roma de atribuirle ingenio y arte a rimas de borrachos. La pública fortuna que estrofas engendran, ¿es el verso real que mereciera razón de su linaje? Perdón, sabes la diferencia entre templo y basura; te lo hablaron los muertos, sí, ninguno tiene voz legítima si es vivo, hablas un ruido etéreo sin un peso o un nombre. Calla. Los marinos que llevan esta carne a su cárcava, esta raíz a tierra de gusanos y piedras, ajetrean y vencen la tormenta, la pudren. Lo que el ser va perdiendo no son las arduas olas, ni los céfiros arduos que el Hades adelanta, es la cosa detrás de toda cosa, una plaza sin gentes ni columnas, un hombre con amor que es todo hombre, una deformidad que es la limpia hermosura. Di a ti mismo: “Nasón, qué eras que no recuerdas. Vino el mundo del mar, no de los versos, del frío mar que te ruge y te llama, no del núcleo caliente que dijera un filósofo. Te baste esto para entender despierto que la renunciación es el principio de ser llamado **hombre** y ser digno a tal término. Lo

que haces es olvido, como esos marineros gastados lo son de la madera que los lleva y que a otros cargará hacia los retiros previos al postrero día. Esta nave hundirá sin enterarse que anduvo por mar de Italia y por Mar Negro. No aguardes otra estrella. Quizá alguien se entere, relegado por su tiempo y en sí mismo, que a dos emperadores no agradaste y que un día pudiste en atroz tormenta hacer contigo lo que un amo con su esclavo cuando derrama aceite en la túnica de un huésped y anegarte en el fondo sin fondo de ese mar aventado que escribiste y que te hizo temblar de mucho miedo. Pero eso no lo esperes. Nunca fue cosa tuya.”

Mendigamos al mar la isla que no es más que una migaja caída desde el plato de la cena del mundo que las aguas se reparten.

Construida por tus manos el arca, elegido de Dios, con la que fuiste alertado a resguardarte de las aguas, seguidas al pie de la letra todas las medidas por el Ángel a ti dadas, sin sobrar o faltar un solo codo. Juntadas por ti mismo las bestias –dos de cada tipo- para repoblar la tierra, prodigándote los tuyos la loa y reverencia que al buen sabio son justo débito. Distante tú ya de la Muerte.
Qué pena te empeñases en decir, ***El arca es mía***, como si fueras hacedor de milagros y aún no llegado el mes décimo las bestias te hayan echado por la borda.
Que ahora una de ellas soltara la paloma.

El remo, que demora la muerte, les procuró el alcance de las playas de gaviotas que gritan como perros, de los signos de ahogados y de crueles leyendas, de lo que ellos oyeron –los llegados al mar prefigurado y otro- que no eran sino nombres. Nombres solos, y otras modestas cosas. No importaba. Ahora ya en él se miran a las caras, se preguntan si es esto, y exhalan el suspiro del que ha sido timado. Del que nunca empezó por el principio.

Con esta única gota sea el mar infinito y dilatado.
En una sola gota navegue yo capitán, híncheme vela, muera naufragio.
En esta única gota yo El Capaz.

Habré quedarme todo cuando este núbil sueño y la germana voluntad, que aún sigue mía, partan para debelar orillas aún sin nombre, y llegadas, al crepúsculo, las aquellas quimeras en pedazos y las barcas sin velas, será acogerles mi fe única, y retornar a tal anchura los acechos terceros que ya fueron armados. Ha anochecer cumplido el ciclo nuevamente, guardados los escombros como a los hijos muertos.
En mi pena esté el Ángel hablándome las crónicas de plazos ulteriores que guardan los erarios de tantos adelantes.
Cada brega consuele con buen oro al marino y sea más que la suma de todos los calvarios.

Desobedecieron las junglas al principio de la Creación y desobedecieron con arrogancia las aguas, que tres partes del mundo les fueron mercedadas y se juntaron secretamente para hacerme la Isla. He aquí que los simultáneos caminos que seguía – largo anduve- me son cortados definitivamente por la playa, corte que no es limpio siquiera, mas vasto e insondable, imposible de suturar. Como una esfera, como un plano reloj se transfigura la pradera en donde paciera mi espíritu un poco más allá de un cuarto de vuelta de mi vida. Me siento viejo como un templo.
Esa vez era, y se vivía tierra adentro como una bestia cazadora que amparada por cómplices oscuridades se hacía credo del alimento y de lo que pisaba y sometía. Mi reposo fue aquel, el contemplar la rectitud de la ley y cómo su cumplimiento me ensalzaba en apropiación o sentida paternidad. Tablas arcaicas fueron con el tiempo a mis ojos esas en las que yo creyera, por venido a un innombrado permanecer, ser cuidador de antigua sabiduría y guardián de la llave; y me di al celo de esconderles y legislé a mi modo un tiempo que me supo al sabor confuso de sabores que en la lengua no se quedan, sino que en el viejo cuarto de la memoria yacen. Ya sé que no era libre. Ya sé que aquello no era un sabor.
Ardua fungió la caza, allí hube muertos, y en esos ojos contemplé la aspereza de las virtudes de la ley, medí mi

espalda -pequeña para peso semejante-, nada más supe. Abandoné la selva como una bestia cansada que se va a morir. Ahora, con el horizonte al fin ante la vista, poco a poco me van olvidando en la selva los que me quisieron y se pierden aún más en tal vorágine para respetar el ciclo natural de muerte y nacimiento. Ahora estoy ante el mar: sal con otros cantos y mandatos. Miro a los inquilinos del Salado moverse libremente y hundirse en las hermosas capas de su adentro. Miro mis zarpas y mi cuerpo peludo, y me siento negado a la bendición de ese reino que se extiende, con toda la torpeza de intentar y el miedo de morir. Y pregunto al Padre: ¿anegarme podría en líquidas y soñadas larguras con este cuerpo que me diste como esos ahí se bañan?
Y escúchole decir: “Mi Hijo, ellos no siempre fueron peces”.

TÉRRALES

Plantas peregrinas mías levantan el polvo por los caminos de la tierra, una arena finísima que va luego conmigo y que al mirarla testifica: “Has andado el mundo”.
Cuerpo el mío, el que arrastro, el que halan los pies por una senda escogida acaso de antemano, mil siglos antes de que yo naciera, y que es curtido por el rigor de todos los artificios del tiempo. Mas él apenas levanta polvo al andar, solo una nubecilla débil que no pasa de una altura de rodilla. Y ved que antes de entrar en la ciudad parece que se acerca una carroza de vencedores. Es mi tristeza que me precede y que viaja con gran pompa. Como el rebaño de ovejas que un pastor cansado trae de vuelta, perseguido por la acechanza de la noche, y que entre balidos, cascabeles y ruido de cascos se anuncia de regreso a casa. Así, a la manera de un rebaño de corderos, mi tristeza se anuncia, llega primero, come, bebe, se sacia; vacía el cuenco que era a mí destinado.

Polvo, puñado de polvo…
¡Y sin embargo a veces
qué ganas de montaña!

A veces uno está frente al muro que impide, con el hierro en la mano, pero sin fuerzas para empuñarlo y golpear.
A veces uno está frente al muro con las manos solamente y la fuerza y la gana, mas sin el hierro necesario.
A veces uno está frente al muro grueso, como en un paredón, sin fuerzas y sin hierro.
A veces uno tiene las fuerzas y el hierro, pero no enfrenta a ningún muro.
Pero a veces – y tantas – ni muro, ni fuerzas, ni hierro.
Solo uno mismo, sin amparo, frente a la dura fertilidad de los caminos.

Yo busco la Verdad como al Santo Grial y ella puede ser simplemente una vergüenza, un secreto con una densidad de muerte, o nada más que una piedra de la tierra, pero yo la rastreo como un perro de presa.

La Verdad es un abismo: me despeño.

La Verdad es filosa: me desangro.

Por ir al Ángel irse, romper la cáscara del ser que ello adelanta, apretar esta lámpara, cuidar la llama, intentar doloroso el intentar. Por ir al Ángel, y a mí acaso, dolerme, doler tanto… porque lícito sea tal vez temprano arribo de su misericordia. Ya mi osamenta ensaye decir “basta, deserta del camino.”

Mas no camino mío, es dádiva que él, Dador, me agencia, me destina. Brioso e indomable potro me ha dado para cabalgar: este sendero que fluye igual a un río y se va hacia un norte perdido, privado a mis ojos, a mis ojos del cuerpo, y al que yo quiero subyugar a veces.

Hoy me ha revelado el secreto: “No le pongas la rienda a la bestia que sabe adónde ir.”

“Es solo andar, andar, estar en pie.”

Voy en el vagón del encontrarme mirando constantemente el escaparse, a mi ojo-escultor, a mi ojo-arquitecto, de los pinos. Solo asimilo el movimiento, el borrón de la arboleda y el olor húmedo de una mañana específica que depende, que acaso se huelga en mi memoria para no morir, porque es la única mañana. Luego repaso que mi coche es hermético y que el olor es mío, y que la mañana es una opinión o un partidismo, aunque no lo sea. Me canso del enigma; subo el cuello de mi abrigo y me acomodo en el viaje a buscarme, que era el único tren que pasaba por la estación de mi pueblo y que tomé ya no recuerdo por qué causa o cuándo. No hago caso a la esfinge todavía. Pero a medida que el tren hace gala de tren y serpentea, y me separan varias témporas del principio, me calzo en Edipo y, largamente, me devoro a mí mismo en el laberinto.

Quien ama no a la piedra adusta, amorfa y pequeña, que en las manos le acomoda en peso y masa, y la deja atrás en el camino por tan leve y tan fácil, como si al manosearla hubiese perdido toda la magia y el misterio, nada podrá contra la altivez de la montaña.

Me sentaré en un bar de París una noche cualquiera.
Me sentaré después de velar por un rato un asiento en la barra, de caerle con deportivo y amargo desespero de cazador impaciente, y llamaré, usaré el recurso de la camaradería: igual nunca me acostumbré a llamar a los hombres por su oficio. “Venga, por favor, señor”: aunque ser señor también oficio sea. Me sentaré así, anticuado, apretado por tanta gente llegada para olvidar. Y pediré - ¡cómo no hacerlo! - un trago. Y “enseguida”, y “¿algo más?”. Miraré a mi lado, todos los hablares serán incorruptiblemente distintos al mío, y pensaré: ¡qué servicio más rápido!
Me sentaré en un bar de París una noche cualquiera.
Me sentaré entre formas que allí no podrán ser.

Ante unos treinta pares de verde me pregunto si el solo verde cuenta lozanía; si el número es exacto, si el intérprete habla que en luz de sombra desemeja de una sombra de luz que fue apariencia, exégesis de la ventana que asomaba, pero no el verdor puro. Impar lo sabes, tú, cabeza que eres puzles y cabezas que piensan a otras muchas trinidades y églogas. Uno es el único diamante, puntal del mundo, ella: La Piedra. Las quintaesencias son tableros de ajedrez, divertimentos. No existen. Creo que lo sabéis que son fantasmas.

Pobre hombre que fuiste, que en pos de ti serás perdido en aquel pueblo extraño que se llama TÚ MISMO…

¡Decirme que no existo!, como ensaya El Ahora, si más amable fueron –yo les digo- la pretérita estrella y el ingénito olvido, si más amable fue la feroz suerte: usurpadora de pieles y deseos. Si más solícito conmigo el tiempo que solo en mi terrosa vestidura hace los surcos que los hados encargan dejando intacto el infante jardín, ese único campo que perenne he sido y que soy en la suma de los hombres todos, solamente en la suma de sus enteras partes. ¡Decirme que no existo, con la duda decirme!, si hasta la duda funge en las congregaciones de elevados arbitrios, padres nobles de mis más sublimes y perpetuas memorias. ¡Decirme en el influjo de esta tarde, precisamente de esta tarde, la misma que yo ahora bebo en el vino de una inmanente gloria, que en esta rajadura de poniente no se escuchan los cuernos de los ángeles!, cuando yo huelo el crepúsculo -inexistiendo aún, como me dicen-, palpo el crepúsculo, duelo el crepúsculo, con el hambre y la sed de un ser vencido anhelando subirme al carro del sol y tocar ese cuerno conque los arcángeles preludian el réquiem de ese albor desmayado y añejo, mientras me quedo en tierra deseando, en la mezquina tierra que para sí me quiere, y que como una madre celosa nada me deja dar salvo mi sueño, al cielo.

¡Hazte de una nocturnidad, súbito, hazte! Embotados los ojos de las ingentes luces que los siglos previos tejieron y testaron, empeñado en inciensos de cafés de Cipango, en los jóvenes cuerpos que otras veces sobaron a tus manos, negado no bien poco ha tornarse el sextante con que ceden a enconados afanes los ángulos del cosmos: la piedra última, la tan buscada piedra, guardadora de la Verdad. Demasiado a la luz tal vez, hermano mío, consagras. Reposen ya tus órganos avizores, puentes tendidos que, indivisos, parten y regresan, cansina, eternalmente, hacia ti desde ti, innumerables, llevando a cuestas el fardo de los mundos. De bien habida sombra hazte, como la que árboles prodigan en inicuos estíos, y ya en la sombra esa, consciente vencedor de la muerte y la noche, baila la danza funeraria de la antigua ceguera de la luz con los hábiles pies de la memoria, batiendo el cuerpo estrenado de la nueva esperanza.

La niebla de hoy es, dicen, la más densa. Pero yo recuerdo en el 91 mis ojos intentando a mis manos separadas mil siglos por una bruma igual a un muro aéreo de espectral algodón.
El día éste es el más triste, cuentan. Mas desentierro que en el diciembre de un año ya muriente me atoré en muchos tiempos, de camino a mi casa, mientras duraba solo una hora la desolación de mi fe por el hombre.
El hoy de hoy es el más terrible. Pero aquella noticia navideña preludió cinco jornadas de observar a la Muerte por un hueco en mi puerta temiendo que dijera: Soy yo, la buscada, la dispuesta, abre, tengo sed.
El beso que me besa es el más beso. Pero sucedió tarde; un viejo año bisiesto, cuando el aliento lo que el labio encargado tenía consumó sin dos sombras el único no-beso.
El hombre que ahora habla es el más miserable. Mas qué dirá callada mi memoria que me ha sabido, que me ha observado siempre.

La luciérnaga no es el sol, pero para aquellos que nunca vieron la luz, o quienes olvidaron la bienaventuranza del día, para aquellos ajados por la elástica fecundidad de la noche, la luciérnaga es el sol. Y bajo el estandarte de esta fe siguen la trayectoria caprichosa de la luciérnaga dando tumbos en la oscuridad, dudando a veces que ese sea el verdadero comportamiento del sol. Unos abandonan, otros mueren, muchos enceguecen. Pero quien busca con denuedo la luz, aunque persiga a la luciérnaga inconstante, fiel al credo del sino, saldrá al día y ha de encontrar.

*(Didáctica prosa usada en los textos de instrucción escolar que Buenaventura, como rareza, añade: la luciérnaga [*Coleoptera Lampyridae*] nunca existió en las islas.)

Jubilosos los míos al verme regresado. Si náufrago, no importa. He vuelto.
“Adeudos obligados y eternales pagamos, hijo nuestro, a la ancha tierra generosa. Volver debías. Bueno ha sido”.
Retornado a la azada que abandoné muchacho la mía ferocidad contra la tierra indócil ellos celebran. Lo que mi mano aprieta -no lo saben- son cabos y maderos.
La tierra es un pretexto de los vientos.
Cada noche en secreto, pacientemente, zurzo mis viejas velas.

VITALIA

La palabra proscrita, la palabra guardada, salvada de la muerte. La palabra pretenciosa, viva, vivísima, a esa que no le bastan cuerpo, manos, ansias. A esa que es la única que no se le podría matar, aunque se le echen mares, montañas, hombres encima para ahogarle. A esa palabra que podría reventar, licuarse, aplastar. A esa hay que dejarle salir para que devaste la Tierra.

PARÁBOLA DE LA PUERTA*

Para empezar – yo pienso- que es mejor por el nombre, decir inicio, o génesis, o principio, o alfa, o “ya”. Para empezar yo creo que es mejor empezar por nombrar, que ese es el origen de todo; con una palabra madura, exacta, elocuente, decir “amor”, por ejemplo, y ya parezcan dichas todas las cosas: que todo lo demás gire en la órbita, sea la redundancia, de esta sola palabra. Nombre esto y comiéncelo, aunque después el nombre se olvide, o sea necesario cambiarlo, porque, aunque haya sido usada la palabra incorrecta, bueno habrá sido darla en menester de bautismo. Santo es nombrar; nombre lo que principia, nómbrelo, pruebe. Que usted declare inaugurada una era no es amenaza de pérdida, de desengaño, de vacío, de muerte, usted no dejará de ser porque se despoje de todo y se pierda en el tiempo la columna, el hueso, la ventura, lo que dio. Lo ofrecido al tiempo y en el tiempo está destinado a desvanecerse, lo que se da para eso solo ha sido engendrado.

Tiene una lumbre usted, y yo, y se ha muerto y me he muerto veces incontadas, pero véase y véame la luz intacta de la lámpara aún. Nada se muere, nada es capaz de morir eternamente: bien el que dice que es morir el principio. No tema a proclamar, a legislar, a dictar el inicio del primer día y el primer paso y todo lo primero. Pero piénselo, es bueno pensar y es inconsecuente, aún por candidez, padecer impaciencia. Si quiere yo le digo una manera:

Sepa – no intuya, ni crea, ni argumente, ni razone, ni se de a la confianza o a la seducción del azar; no esboce, ni proyecte, ni haga cuentas, ni orqueste, ni medite- que es este tiempo en que ha de ser, la hora, el estadío, la fase justa, la alineación de los astros, el delirio, la glorificación, la cresta de la dádiva del prodigio del sueño. Sepa si ahora, si nunca; usted juega un juego de almas, asunto serio ese, bueno es pensar.
Le explico…

Suponga que usted toca a una puerta, ese sonido del llamado, que es a la vez ariete contra el sosiego, será suyo, diferenciado de otros ruidos antiguos y futuros. Es decir, su sonido es Hoy a partir de su gesto, el Hoy, piense en esta trascendencia. La puerta está viva: respira, se duele, se multiplica con las ventanas, memoriza, se acostumbra, trabaja; pero entre todo lo mentado lo más definitivo es su memoria. Usted la ha visto ahora a ella únicamente. Esto es una ciudad. Ha tocado en otras puertas antes, por la firmeza aparente de sus goznes, por la arrogancia de su marco, por lo curioso del canto en sus bisagras, por la gentileza y la frialdad de su aldaba, por la majestuosidad de su hechura, por el olor y el supuesto sabor de su madera, por la ausencia de la llave de su cerradura; mas eso no le ha mitigado la sed y el hambre en cada sentido suyo. Usted quiere ver detrás de la puerta, dentro de la casa y desde dentro mirar por sus hendijas el ángulo único que posee esta puerta de la misma ciudad que usted desanda, que ha lijado con sus pies por todos sus años. Ha tocado a la puerta, la puerta le esperaba, la puerta le adivinaba, le sabía desde antes que usted misma existiese: usted es la concreción de todos los sueños de la puerta. Ella lo sabe, se abre, pero ese lapso minúsculo de tiempo que serpenteó entre su sonido y la apertura de la puerta fue pensado durante veintisiete milenios de dudas y debatido en veintisiete congregaciones de sabios, aunque para usted hayan sido, según el ritmo de las manecillas suyas, ocho minutos, o dos días, o un año y un séquito humilde de plazos. Ríjase por

el huso horario de la puerta, que usted se atrevió a llamar en ella, a despertarla del letargo, y hasta no traspasado su umbral ella puede cerrarse; se cerraría suave, enmudecida, o con un eco horrible que azotare muchas noches las calles de la ciudad. Le sugiero, le digo más, nunca toque a una puerta si no ha de querer lo que a usted va a abrirse dentro.

Fuera de ese consejo suponga un poco más, suponga que ha pasado los predios de la puerta y se extiende ante usted, y hasta se estrecha, la casa como Corte expectante, y esas galas, que costaron muchísimo, esos cornetazos que oye, las alfombras, los banquetes, los carruajes, los pajes, las diversiones de la Corte y todo el glamour son a propósito de usted, esa única certidumbre que ha esperado la puerta. Habrá fiestas impensadas un número irreal de momentos y todos los albedríos, las libertades todas; podrá guardar en la casa sus recuerdos y secretos vergonzosos, llenarla y vaciarla de amigos según le aconseje su humor, podrá pintarla de sangre, de calidoscopio, de luto, de miseria, de pasado; podrá poblarla de hijos, y llanto de hijos, y mierda de hijos, y dichas de hijos que con nada se
compran o se pagan; en fin, podrá disponer y como dije una vez, proclamar, legislar, dictar, que son prolongaciones del acto de nombrar.

Pero la casa es una casa, solo eso; el polvo querrá erigir ahí su reino, el tedio su comercio, un día suyo querrá parecerse a otro y al otro y al siguiente, replicarse infinitamente; el color perderá su color, la música su música y usted se sentirá muchas veces declinar como la casa, agonizar, vegetar como ella: este es el asunto, el descuido y usted no deben compartir ninguna confidencia. La casa ha de defenderse de todo, incluso de los termes, ha de merecerse con músculo, con avidez, con sombra, con versos, tiempo, merecido tiempo. Porque si un día – consecuencia de impaciencia o pereza – quiere abandonar a su suerte a la casa que es suya ha de

reeditar aquel diálogo con la puerta y ella, con su memoria de madera y una voz más vieja y más grave, le recordará a usted, desde la vergüenza y el despecho del sueño solo sueño, del espejo-espejismo, el minuto de duda que le faltó aquel instante cuando posó sus ojos grandes en ella y tocó bajo el hechizo de una fútil idea sus nudosos maderos.

Yo le digo, declare ya su reino, decirle el nombre, medirle, es siempre lo más difícil, pero su reino necesita nombre. La historia de la puerta es una parábola, pero piense, piense pronto, para que no le duela ni haga el dolor usted si un día quiere dejarse de la casa y tiene que echar abajo, para salir, la puerta a la que una vez llamó y le falle la fuerza entonces como un desusado artilugio.

*(Vieja carta de amor, al parecer infortunada, obsequio de un farero, anciano y mudo, que teníale por única memoria. Dada su extensión, Buenaventura apresura a distinguirle con un título, el no acertado *Parábola de la puerta*, que obvia el íntimo dejo que lo urdido confiesa.)

No os adelantéis jamás a decir que sois tristes. Tenéis que ser de mazapán, debéis tener dulce la cáscara y dulce el olor y dulce el jugo. Aunque guardéis un núcleo de amarga hiel que os hace ser quien sois – lo más triste entre lo triste – sed un dulce gigantesco que por mucho que de él coman no llegaren a probar lo amargo. La hiel, no habléis nunca de la hiel. Comportaos como dulces.

Padre, qué hermosura pavonea la estrella lejana y constante en lo negro y constante. Cuanta azúcar que sabe en la lengua, que diluye en la boca la palabra no dicha y que luego se añeja, se fermenta, se pudre. Cuán imposible luz son los ojos que no se cierran en el recuerdo sin párpados. El Tiempo, llevándose mis días me fuerza a hacer un cuarto de presencias donde lo pongo todo. Y nada quemo, y lastro nada, y nada deserta. Cuán largo es el amor inamovible: el amor nunca sido; Padre, cuán largo, sin muerte, sin todo… sin nada.

Tuve un amor, o no lo tuve, que impreciso es el verbo para ajustar lo inajustable, por eso mejor decir que recuerdo un amor. Esta nostalgia es el algoritmo de la pertenencia, digo, “recuerdo”, y digo “mío”, mas me traiciona el uso del verbo nuevamente. Si poseo la memoria del amor en el tiempo poseo lo que era a través de mí, poseo lo que fui yo en él, entonces no fue ese amor lo que tuve sino el mío, mi amor, mi entrega exactamente. Comienzo pues, hubo un amor que ya no es más, o es aún, porque él es perpetuo, no se contiene en ningún tiempo ni ningún espacio, debo decir “está siendo”, pero qué está siendo sino un aguardar de luz, una palabra: esperanza.
Recomienzo, una esperanza tuve, rectifico, la tengo, sentencio que la tengo. Que es lo único mío, lo único que engendro. Solo en ella soy Dios-Padre, Dios-Hijo, Dios-Lumbre. Aquello ha de ser fe, algo que nada más se ha de tener al esperar desde la búsqueda. Y busco. Y tengo. Y busco. Termino pues, o no termino…

Esto vi.
(La vida saliendo última del trabajo y alcanzando una calleja del arrabal. Era una mala hora. Alguien allí quitándole lo que llevaba en los bolsillos.)
Muchas veces.

Sueño que no pedía azul, ni rizo, ni blancura. No pedía.
Sueño que llegado a la palabra no se creía nunca que no fuera sueño.
Inevitable, endeble durar de este anudar artesanías.
Sueño que más nada que este sueño no esperando una fase siquiera de otra luna.
Muerto de algo bien pronto, bien pronto muerto: penitente sueño amorfo de mi vida.

No lo dijerais, no, si lo supierais, cuantas cosas se mueren cuando negáis el agua en la tremenda barca de la palabra. Si vierais, no al quejido visible y encarnado sino a la tácita muerte de vosotros mismos en el espejo de la muerta esperanza: vosotros que os dais a la vida por la fe de sus ojos. Si vierais que el retrato de vuestra pura belleza se transforma en la cena pantagruélica del péndulo, ¡Ya habéis visto seguro la manera grosera en que el Tiempo, el Voraz, se sirve de vuestra hermosura! Si supierais que el sueño se cansa de soñarles, aunque de piedra otrora se levantaba incólume, infinito; si asomarais al pozo de la honda mirada de ese sueño que ha dado, de la mano de Dios, también al mundo. Si sintierais en la carne la muerte de esas cosas demasiadas, -porque solo en la carne creéis sentir eternamente, lo que imposible es, en la carne, sentirse, y vivís en el eco que da a luz al deseo, sin notar que esas ansias son una nota tenue de la música que el sueño da magnánimo – como aquel que ya vuelto a la materia de las alas y, regresado a volar, cayera desde la lluvia de su afán al cieno pegajoso de la larga tristeza. ¡Y si fueseis vosotros los del sueño hacedores! Si lo supierais de una vez que ha de volver a veros la palabra soltada, que no solo ha morir quien su alma perdiera, sino que morís todos, enterradores y enterrados, quien os habla y vosotros, cuando el sueño fenece.

Juego dados cargados y aún la vida me gana. Pierdo no sé ni cuando aquella apuesta de adivinar lo qué doblando un horizonte. Así me da cubitos de azúcar, me engaña como a un perro y me amaestra. Hace de mí lo que un dueño acostumbra, a veces me desecha, me aprovecha a veces. Y pocos me parecen, a nada saben casi, estos cubos de azúcar. Pero aún yo dando siempre la voltereta que me manda.

Finita la saga otrora infinita en hiedra enredada, con olor a libro de caballería envejecido, mas me devuelve a volar. Vuelo con alas negras –grises no sé decir- por sobre el mapa de mi sueño mío. Todo este cuento sido, cuento perdido, me ha salvado de mí: ya no voy a la muerte, ahora soy el barquero de orilla a orilla, de esperanza a desesperanza, luego retorno a la ribera de donde zarpo. Formo parte quizás de una cena inacabada. A mitad de todo, como en aquel recuerdo me quedé a mitad. Alma atorada en la ventana joven y difícil que hace de barro una idea, un aura, para serle devota. Y que no sabe que yo aún. Y que no quiere a quien yo soy, porque no soy en ella, lo que se debe ser contra la paz.

Algo me falta. He volcado al revés la casa y creo que bueno ha sido, por esta vez, pensar que probando a hallar eso que echo de menos también se hayan podido develar otras gentiles cosas. Pero esa sensación no se desune todavía. Vuelto al orden usual de los antiguos plazos decido reemprender la acometida de la búsqueda. Hurgo de nuevo en los ángulos de los ángulos de los ángulos. Nada hallo, y la pérdida imprecisa persiste. Entonces a alguien se le ocurre llamar a la puerta. Pregunto, como siempre, sin correr el cerrojo. ***¿Quién es usted que llama?*** Un ***Soy Tú*** me responde. Y le pregunto si ***Está usted seguro***. Un vacilante ***Creo*** me contesta.

Le debes tú a la noche, la noche no te debe. ¿Por qué piensas que eres digno de bonanzas, artes, delicadezas, agasajos? ¿Qué es tuyo sino nada? Luz te dan, sangre te dan, aire te dan. Incluso el camino estaba desde antes. Mira bien, ¿no reconoces otras huellas donde nunca has pisado? No eres nuevo, ni único, ya está lleno este mundo de otros seres más antiguos y ni siquiera eres el que vendrá, serán otros. Y tú quieres arrancar poemas, ser titánico, alado, elevadísimo. Le debes tú a la noche, la noche no te debe. Dádiva grande es estar y es demasiada. Agradecer. Silencio.

Hay quien no fue lo tuyo y a eso el verbo apareado por tropos dedicaste, algo, un hijo, muy íntimo, ya muerto, sofocado por almohadas sobre las que dormiste la invención que es El Sueño. De tu diestra el cadáver, mostrada cara oculta, tendido en su largura adaptable a una mano, a una boca, a una lengua, lo buscaste tampoco. Portador de estandarte tú querías; punta de lanza, arenga, deseabas: no serlo fue la gloria que aparentó ser sombra. Mano, boca, lengua: por ventura son horno que calientan el cuerpo rígido de tu hijo-texto-pena-poema, ya ni sabes qué cosas.
Lo cierto es que hacen brasa, hombres (viejas neveras), dan vida a lo que no conocen, lo que secretamente, padre proscrito, es de ti pertenencia. Aunque en tu seno y feudo hable lo que una tumba, con epitafios mudos, variaciones de ajenos, en el gran cementerio que acumulan, unas tras otras, piedras, piezas deformes de negaciones fértiles que insisten: ¡hazme molde!
¿He dicho “por ventura”?
El monstruo que creaste para el amor o el odio, cumple y súbito muere, ganando el soplo altísimo que sus días justifica alzando el estandarte: ese que tu mano apretaba sin siquiera enterarse.
Aún tú por más suspiras.
¿No hace eso justicia perdonando cien años al que a ladrón le roba?
¿No da título y premio?

A la noticia de Usted, descendente ascendido, no el sonar del cuerno –anuncio del que no es - sino el rumor, que en secreto aparente trajeron los pasillos, del arribo suyo, a ver al sordo y ciego en la isla penúltima, me descose la boca. Elevo veintiocho de ellas – las cuento – que callaron, decibles e indecibles, indefinidamente, aun sabiendo que luego cerraré vieja jaula. (Será por el momento). ¿El continente?, de ese escuchar no querría, no me traiga noticia. De algo que a luz me obliga no es el ánimo hijo. "Nació y ha muerto en tal día del mundo", eso he grabado en una piedra blanca que marca el sitio donde aquella presencia descansará sin término. Si trae el don, guárdese Usted de resucitarle. Esto que espera está aún oscuro, no en carne viva, sino más, más puramente maculado, más cercano a cosa no sabida. Salve los escalones que aquí guían y vea dos verdades: nadie pone en mi cara sonrisa más perfecta, ni nadie que se marcha deja nido.

MANIFESTUM

I

Nos dicen somos unos. No se escuchan –parece- en nuestra cuerda los rumores de gramófonos y coros que agradecen el haberle arañado a la tierra las vendimias. Tampoco el tañer de nostálgicos laúdes. Nuestra voz, la que es real, es un repique lejano de antiguas campanas que anuncian el cumplimiento de los oficios del día. No es ella otra sino la comunión de las gargantas todas. Vivir es arduo un tiempo que olvida las campanas, gramófonos, laúdes, que siente no debe la luz que de la llama un día el Prometeo primero testara a los hombres. No quiere nuestro anuncio parecer nuevo cántico, es límpida elegía lo que su voluntad pretende. Y así cuenta por dentro la voz nuestra la historia:

"Recuerdo haber hallado la antorcha de la luz en el sendero aquel extraño día. Nadie andaba conmigo. La alcé y llevé a los míos. Sus ánimos decían buenamente, ***Mirad, nos ha traído el fuego***, mientras mi aliento repetía, ***Le he traído mas no le he creado. No es mío el fuego***. Pero la voz que corrió después contó algo distinto. Por eso lucho aún con la leyenda."

II

Echas a ti mismo a la tierra aguardando abundantes agostos de tales labranzas: crees tu cuerpo y tu alma el grano prodigioso. Huesos solo cultivas. Roturas un sembrado, poeta, que no es tuyo, así los gozos de la postrer cosecha tampoco te pertenecen. La palabra -la azada- que tu espíritu blande es préstamo pactado del erario común. Lo que con ella conquistes no será tu victoria sino la ofrenda largamente debida. Y tú aún te siembras en avidez de vanas glorias.
Ay, Poeta, poeta, la grande estatura es nada más de la montaña.

III

Todo ha sido dicho, escuchas un día la sentencia. El resignarte a ella revela para ti penosa principalía de una larga servidumbre: le crees la esclavitud de la palabra. Luego muros levantas urdiendo como Dédalo la trama del indócil laberinto. Dentro reservas la voz buena y verdadera para el arrojo y la agudeza de nobles héroes, amadores como tú del gran tesoro. La velas para tu propia apología: aquello que legado te ha sido, que es herencia del hombre y para el hombre. Lo pierdes así todo como a ti mismo pierdes. De cara al Tiempo y a la Historia inextricables acertijos tramas en un afán equívoco por aquella inconstante memoria de los tuyos, cuando has de ser nada más el mensajero, el portador que por un par de jornadas llevare a otro destinatario, mensajero también, el divino elixir de la magna palabra. Sea sabiduría magnífica vaciar enfrente al mundo el fardo de tu finitud y término. Todo ha sido, en verdad, dicho desde mucho antes. Todo aquello es ya viejo. Lo nuevo eres tú.

IV

Loa no a la métrica bruñida, al verso puro, puro, puro, artesanado…
Al hombre, hombre bruñido, a veces puro, también artesanado.
Al hacedor.
Al hombre acaso siempre más difícil.

LETRA*

*(Texto añadido, breve y poético, de Buenaventura)

La poesía anda entre yo y la tierra. No es en el cielo –aunque parezca- donde yo me pretendo. Yo floto en cierta urdimbre metafísica. La poesía: la mediadora mía, quien se restriega en el lodo e inmaculada persiste. Yo no. Si me manchase el cieno moriría, por eso le mando a la tierra a que disponga el encuentro ineluctable (sé que ésta y tantas otras potestades han sido solo a ella mercedadas). Como yo no podría apoyar mi pie enteramente le uso de zapato. Igual me resulta grande, mas ya echado a caminar mis pies se hinchan poco a poco y se acomodan al fin. El día que me calcé la poesía la pretendía limpia, lustrosa, como si fuese siempre nueva y únicamente mía. Pero a diario se me ensucia. Y desde entonces lustro y lustro y lustro y lustro y lustro y lustro…

ÍNDICE

Fijada en mapa alguno... **5**

LACÚSTRIDA

¿Queréis una prueba de la eternidad?... **9**

No sean más nuestros pasos… **10**

Aquestos clamores que de viento… **11**

Bienaventurados… **12**

Cuando dicen: "os amo… **13**

Soy una isla que contiene una isla… **14**

Esperar el favor, dádiva cauta, … **15**

Mendigamos al mar… **16**

Construida por tus manos el arca… **17**

El remo, que demora la muerte, … **18**

Con ésta única gota… **19**

Habré quedarme todo… **20**

Desobedecieron las junglas al principio… **21**

TÉRRALES

Plantas peregrinas mías... **25**

Polvo, puñado de polvo... **26**

A veces uno está frente al muro... **27**

Yo busco la Verdad... **28**

Por ir al Ángel irse, ... **29**

Voy en el vagón del encontrarme... **30**

Quien ama no a la piedra adusta, ...**31**

Me sentaré en un bar de París... **32**

Ante unos treinta pares de verde me pregunto... **33**

Pobre hombre que fuiste... **34**

¡Decirme que no existo! ...**35**

¡Hazte de una nocturnidad, súbito, hazte!... **36**

La niebla de hoy es, dicen, la más densa...**37**

La luciérnaga no es el sol... **38**

Jubilosos los míos al verme regresado... **39**

VITALIA

La palabra proscrita, la palabra guardada... **41**

Parábola de la puerta… **42**

No os adelantéis jamás a decir que sois tristes...**46**

Padre, qué hermosura... **47**

Tuve un amor, o no lo tuve, ... **48**

Esto vi... **49**

Sueño que no pedía azul, ni rizo, ni blancura... **50**

No lo dijerais, no, si lo supierais... **51**

Juego dados cargados... **52**

Finita la saga otrora infinita... **53**

Algo me falta... **54**

Le debes tú a la noche... **55**

Hay quien no fue lo tuyo y a eso el verbo... **56**

A la noticia de Usted, ... **57**

MANIFESTUM

I. *Nos dicen somos uno*... **59**

II. *Echas a ti mismo a la tierra*... **60**

III. *Todo ha sido dicho,* ... **61**

IV. *Loa no a la métrica bruñida*... **62**

LETRA

La poesía anda entre yo y la tierra... **64**

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Ediciones Pontón Caribe, S.A.
en el mes de octubre de 2006

Este poemario constituye un viaje a través de la genealogía del "hombre-isla", a bordo del buque Perimedes, al mando del capitán Pablo Tomás Buenaventura. Con criterio inexperto de marino Buenaventura ha compilado las "breves relaciones que los isleños cultivan en elegíaca y desasosegada poética". La siempre vasta literatura permite este redescubrimiento del pastiche cervantino: naturalmente, un manuscrito. El tres, número sagrado, cifra los ejes de sentido de la lectura: el hombre-isla con sus tres hambres materia, razón, espíritu, a semejanza del dios único y trino cuya fe profesan consciente o inconscientemente los habitantes. Es esta una poesía comprometida con el destino del hombre y sostenida, a lo largo de todo el poemario, por un sutil aliento de fe..

MICHEL TRUJILLO GONZÁLEZ (La Habana, 1977). Poeta y narrador. Es egresado del Taller de Técnicas Narrativas "Onelio Jorge Cardoso". Recientemente obtuvo el Premio El Dinosaurio, que otorga el ICAIC.



POESÍA

PREMIO DAVID 2006